



FÉLIX VALENCIA

---

---

LA EPOPEYA  
de  
SAN MATEO

---

1814—1914

Marzo 25 de 1914.

QUITO.—ECUADOR

Imprenta de "El Fósforo"



*Envío del autor*

## DEDICATORIA



A COLOMBIA, cuyo cielo de pupilas siempre azules,  
y de días más hermosos, y de noches las más bellas;  
donde flotan, los dorados arboles, como tules,  
y los ojos de sus hijas resplandecen como estrellas.

Cuyo aliento de perfumes de los huertos más floridos,  
hace en breve, que las almas luminosas, se amen locas;  
donde se abren, pasionales los capullos, como nidos,  
y sonríen dulcemente, los claveles, como bocas.

Cuyo arrullo melodioso, más hechiza si suspira;  
donde canta la esperanza y el ensueño como una ave,  
y solloza el alma, el viento y el bosque como lira.

A la egregia domadora, que con besos y canciones,  
o soberbia con la punta de su espada, siempre sabe,  
adormirles a sus plantas, a los truenos y leones....!

FELIX VALENCIA

*Febrero de 1914.*





## LA EPOPEYA DE SAN MATEO

---

Como el clarín del Juicio en resonancia,  
la Marsellesa al déspota fulmina;  
mientras la Libertad con arrogancia,  
clava la Nueva Ley en cada esquina;  
los Derechos del Hombre dá la Francia,  
y como un nuevo sol la guillotina.  
Y arranca de raíz a la realeza,  
haciendo que le corten la cabeza.

Hay siglos de dolor en que el combate,  
es la justa explosión de angustia tanta,  
y su causa los hechos aquilata;  
un Mundo como un hombre se levanta,  
ya que en su pecho un sentimiento late,  
y anuncia en alta voz la Guerra Santa.  
Desgarrando el collar de la cadena,  
salta el León en la revuelta arena.

Diga Dios de que parte está el derecho  
y de quién el óprobio y la bajeza;  
si del que hace un escudo del cohecho,  
y un arma de su estólita torpeza;  
o de los que al ver sangre en cada pecho,  
se yerguen, sacudiendo la cabeza;  
y van firmes, indómitos y bravos,  
a vencer o a morir. . . . pero no esclavos.

Todo hombre que la férula rechaza,  
como el judío errante anda proscrito,  
y muy pronto el verdugo despedaza,  
al que repite el libertario grito;  
y arden, sin ver tan bárbara amenaza,  
de ser libres ¿en dónde está el delito?  
Al enoñarse en su radiosa gira,  
los abismos el Aguila no mira.

Mas España el patíbulo concede,  
sin tener ya piedad de los que gimen,  
y ante el ruego impertérrita no cede,  
ni el puñal que sus aúlicos esgrimen,  
pero el patriota audaz no retrocede,  
y se arma a defender ¿dónde está el crimen?  
Ya no es cordero, es un León que goza,  
ante el miedo del lobo que le acosa.

Del arca del dolor la fiel paloma,  
fué por pedir la Libertad bendita,  
y al ver la mensajera que se asoma,  
el buitre más feroz se precipita;  
la Libertad inerte se desploma,  
Dios nos la dá y un déspota nos quita.  
Y en su furor el pecho lo desgarrá,  
mas al herirla se quebró la garra.

No fue nunca nefando sacrilegio,  
el sacudir la esclavitud insana;  
e ígneo empieza a salir, sin privilegio,  
para todos el sol de la mañana,  
y en su carro radioso el Astro regio,  
sabe expresar la caridad humana;  
y va a su ara de Dios sacrificado,  
sin esquivar la luz al desgraciado.

Con la espantosa carga del impuesto,  
sin cesar a las victimas afligen;  
y los que hacen de oficio tan funesto,  
a golpes y con látigo dirigen;  
su infame esclavitud y el yugo de esto,  
de la grande contienda fue el origen.  
El arroyo en prisión que sufre y calla,  
al caer la tempestad saltó la valla.

Al esclavo le ordena que trabaje,  
por mantener su sórdida codicia,  
y el amo y gran señor del vandalaje,  
 explota al infeliz en su estulticia;  
y resuelta a vivir con el vendaje,  
antes, como hoy es ciega la Justicia.  
Pero al estar sin tregua ni descanso,  
los clavó al fin los cuernos el bucy manso.

El fin de todo sér es su albedrío,  
y cobra fuerzas al ponerlo raya;  
como está sin cadena el Mar bravío,  
reconoce su límite en la playa;  
querer borrar el alma es desvarío,  
y aunque esté entre leones no desmaya.  
Mas, cuando sale incólume del lodo,  
con brazo de Sansón lo rompe todo.

Nos arrastró como huracán sañudo,  
entre sombras a horrendos precipicios;  
firme y tenaz no rehusó, aunque pudo,  
costosos y sublimes sacrificios;  
y en junta del Zarpazo más agudo,  
nos dió la triste hereucia de sus vicios.  
Y esta mancha que un falso brillo imita,  
por más que se la escarba no se quita....

Pretender encausar este torrente,  
con más férreo eslabón fue una locura,  
que la pagó bien cara y atrozmente,  
con ríos de dolor y de amargura;  
ya que hasta el hondo abismo y la pendiente,  
era un nuevo desborde de bravura.  
La España ante ese golpe que le arredra,  
halló un rebelde más en cada piedra.

Al grito rodentor sólo se opuso,  
con nuevos bríos los hispanos pechos,  
pero ante esos soberbios diques puso,  
los de otros más a las tormentas hechos;  
y la suerte contraria lo dispuso,  
que fueran a sus ímpetus deshechos.  
Sin oír sus clamores y congojas,  
el huracán arrebató esas hojas.

Se aprestan a luchar con rabia loca,  
y a devolver los golpes de la suerte;  
hasta el puñal sostienen con la boca,  
como preludio de la Guerra a Muerte;  
y cuando frente a frente los coloca,  
se tratan como hermanos Dios lo advierte.  
Pero el tigre famélico y sediento,  
cuando se harta de saugre está contento.

Allá a lo lejos el clarín resuena,  
que el eco vuelve con creciente furia  
y se diría que la hambrienta arena,  
es presa de fatídica lujuria;  
y en todas partes ronco grito suena,  
como rojo relámpago de injuria.  
Y a la voz de la Patria, en este caso,  
surge del suelo un héroe a cada paso.



Ya las armas empuña el pueblo hispano,  
tan sólo porque a un déspota le cuadre;  
siempre CAIN combate con su hermano,  
y hace al plomo que el pecho le taladro.  
*El crimen es del tiempo del tirano*  
*y no de España, porque al fin es Madre.*  
Verdugo de su nombre la cuchilla,  
cercena la cerviz que no se humilla.

Sentó su pié la guerra más reñida,  
el odio y el rencor era una hoguera,  
que devoraba el alma con la vida.  
La tricolor bandera,  
entre la aclamación algunas veces,  
hendía el aire altiva y triunfadora,  
o se ocultaba triste en los reveces;  
a modo de la lumbre de la aurora,  
que fulge luminosa en el Oriente,  
y de pronto una sombra fugitiva,  
intercepta los rayos de su frente,  
pero alumbra después con luz más viva.  
El alma del ejército patriota,  
cobraba más aliento en la caída;  
era como un impulso la derrota,  
y un potente refuerzo cada herida.  
El ronco y rudo estruendo de la guerra,  
llenaba sus espíritus soberbios;  
como la lava que un volcán encierra,  
y arroja en una crispación de Nervios.  
Mas, lo hórrido no aterra,  
a sus nobles y bravos corazones,  
y al desatar su indómita pujanza,  
entre el fragor del trueno eran leones;  
y el que salta en la lid con tal denuedo,  
bajo el cielo y el sol de la esperanza,  
no retrocede ni conoce el miedo.  
Siempre al estar con la tormenta a solas,  
y al verla a su pié el Aguila se explaya;  
que si la tropa iberica eran las olas,  
esa heroica legión era la playa.  
Cuando contra el broquel de su deseo,  
la hispana muchedumbre,  
con potente vigor con olla cierra,  
para tenerla en negra servidumbre;  
su espíritu de Anteó,  
cobraba fuerzas al tocar la tierra.

A su alma altiva el vértigo no crispa,  
ni la rota fatal lo desespera;  
ya que muy pronto borraré la falta,  
y si la racha apaga la una chispa,  
otra será la cuua de la hoguera.  
El Condor para ver al trueno horrendo,  
busca siempre la cúspide más alta;  
si la tormenta crece, irá subiendo,  
irá subiendo hasta romper el ciclo;  
después con él en un estrecho abrazo,  
realizar la gloria de su anhelo,  
con deshoge de estrellas en su cumbre.  
No importa que la garra dé el zarpazo,  
cuando existen las alas para el vuelo.  
Todo sublime pensamiento es lumbró,  
que brilla como un sol desde la idea;  
peró el ideal de todo que es abyecto,  
es tan sólo el cañón de la pelea,  
y es el hacha en la mano del Verdugo.  
Por eso, con sus babas el insecto,  
en manchar a la rosa se recrea;  
y la flor entre penas se consume,  
por que no puede sacudir su yugo,  
ni siquiera esquivarle su perfume.

BOLIVAR, como el águila que mira,  
la cima donde colocar la planta,  
en su potente y luminosa gira  
halló la cumbre de grandeza tanta.  
Y refrenando el magestuoso vuelo,  
plegó las alas y ávido de gloria,  
acaso por hallar estrecho el cielo  
a la fama inmortal de su Victoria.  
Y talvez en sus impetus quería,  
encerrarse en un círculo radioso  
donde poder parar al sol y al día,  
a un signo de su mano de coloso.  
Pide al cielo un baluarte contra España,  
y al mirarle al nivel de su deseo;  
mandó clavar su tienda de campaña,  
en la cumbre inmortal de SAN MATEO.  
Y este glorioso nido,  
de donde, entre el fragor del ronco trueno,  
despertaron las águilas caudales,  
que al hispano León pusieron freno;  
sintióse estremecido,

y de esperanza y de ventura lleno,  
juró darles las glorias inmortales.  
Incausable y tenaz en su porfía,  
todo el campo abareó de una mirada;  
y firme, por entonces no quería,  
sino salvar la causa más sagrada,  
y salvarse también con sus valientes  
y heroicos luchadores;  
cual diques de los lóbregos torrentes,  
que los quieren romper en sus furores.  
Previó todo; sabía que la suerte,  
siempre como mujer se cansa y muda;  
y no quiso ser presa del más fuerte,  
ni de audaz que en el número se escuda.  
En sus noches de insonio y de vigilia,  
al pensar en la horrible guerra a muerte,  
vio su efecto, que nunca reconcilia,  
y allí puesto en un trance tan amargo,  
pide socorro y nadie no le auxilia.  
Mas el noble LEON nunca se abate,  
ni hay poderío que su brazo tuerza;  
el humo y el estruendo del combate,  
comunica a su espíritu más fuerza,  
y no hay quién pare el golpe de su embate.  
Hay veces en que el ánimo se entrega,  
en brazos de un dolor que no quebranta;  
y sólo como el junco se doblega,  
pero fuerte y soberbio se levanta.  
Así BOLIVAR, no flaquó un momento  
en su terrible situación; escora  
el refuerzo que tarda al llamamiento;  
y en tanto sin perder un solo instante,  
hace guardar el paso LA CABRERA,  
y sin tregua ni término, anhelante,  
resguarda todo el margen del *Aragua*.  
De sus fieles y leales compañeros,  
la más sublime emulación suscita;  
y bajo el pabellón de esos guerreros;  
está en defensa la ciudad bendita.

Pero ya BOVES, acampado en *Cagua*,  
contra ella tuvo su furor concita,  
como buitre voraz mira la presa,  
que casi está al alcance de su garra;  
bien oculto por la áspera maleza,  
en que el velludo pecho se desgarar,

acecha la ocasión que envano invoca.  
Y ebrio allí, como rey de ese dominio,  
deja volar su fantasía loca;  
que le pide haga un hórrido exterminio,  
y en cambio le promete hacerle dueño  
del poder y de todo el *Nuevo Mundo*;  
y el fiero hispano en alas de su sueño,  
piensa ser un político profundo,  
como también un capitán de fama;  
que está pacificado el continente,  
y que el rebelde su piedad reclama;  
allí contempla la triunfal corona,  
que ceñirá su su frente;  
y oye también la trompa que pregona,  
su grande hazaña de inmortal renombre;  
pero en su odio terrible no perdona,  
al siervo que llegó a tener la audacia,  
de reclamar derechos y ser hombre;  
y aunque no pide gracia,  
no la daría en su furor insano,  
que al delinquir se mataría él mismo.  
Todo esto lo vió en rápido miraje,  
pero no vió el abismo,  
del hondo mar del pensamiento humano,  
que le amenazaba herir con su oleaje.  
Despertó . . . El enemigo estaba lejos,  
y apenas lo columbra en lontananza;  
casi esquivo a los lívidos reflejos,  
de su negra crueldad y su venganza.  
A la realidad aquel castillo,  
llegado a levantar con tanto anhelo;  
al sople de un anémico airecillo,  
con todas sus grandezas vino al suelo.  
De pié ya, sacudiendo la melena,  
hiere su ijar con la robusta cola,  
y al olor de la sangre de la arena,  
se lanzó dando saltos como la ola.  
Furioso por perder lo que era sueño,  
les ordena a sus vándalos en Cagua,  
con rudo gesto y con tenaz empeño,  
a que forceen el paso LA CABRERA.  
e invadan todo el márgen del Aragua.  
Pronto emprenden frenética carrera,  
en alas del rencor y la bravura,  
no corren los beligeros corceles,  
al vuelo el acicate las tortuga

ya que van atrás de olímpicos laureles.  
Ya frente están de la deseada orilla,  
y se lanza con ímpetu iracundo;  
pero salta el indómito MONTILLA,  
y sin darles la tregua de un segundo,  
hace romper el fuego,  
que le detiene al bárbaro insolente;  
mas, el valor es ciego,  
y ante el plomo mortal muestra la frente,  
sin dar un paso más; sólo el ARAGUA,  
siempre en su puesto, arrastra en su corriente,  
corceles y cadáveres sangrientos,  
como hojas que arrancó con su potente,  
y más rabiosa cólera los vientos.  
Con más furor combaten y no avanzan,  
palmo a palmo disputan la parrida;  
hasta que los rebeldes los rechazan,  
y hacen pagar su audacia con la vida.  
Otro ataque dan aún pero es en vano,  
nada abate ese muro de granito,  
puesto allí en forma del esfuerzo humano;  
para impedir la marcha del delito.  
Cansado de la lucha, sin aliento  
de afrontar otra carga desastrosa;  
doma al corcel el opresor maldito,  
y como en una ráfaga de viento,  
vencido, pone pies en polvorosa.

A BOLIVAR, el júbilo le ombarga,  
al saber el fracaso del llanero;  
que viéndose de pérdida se larga  
sin resistir, pero también más fiero.  
Parece que la suerte ya es su aliada,  
cuando desvía el golpe furibundo,  
y le aparta la punta del acero,  
que cual lengua de víbora inflamada,  
despedida del cieno más inmundo,  
quiere lanzar la hiel de su ponzoña,  
la serpiente pitán tan solo viene,  
como el cuervo al olor de la carroña.  
Un triunfo más, el ánimo sostiene,  
en la gran lid con magestad serena,  
aunque ruge, al Océano detiene,  
el pecho de la arena.  
Como fija la brújula los rumbos,  
que las debe tomar en el desierto,

el hambriento y perdido caminante;  
así señala término a los tumbos,  
que espantan más en un rodaje incierto,  
la playa, con su dedo de gigante.

Cuando la negra tempestad revienta,  
y estalla con fragor el ronco trueno;  
desde su nido el águila triunfante,  
rayo, trueno, relámpago y tormenta,  
siempre lo ve con ánimo sereno.

Ni el tiempo no le abate,  
la serena firmeza de la roca;  
cuando el mar con su furioso embate,  
el férreo muro de su pecho toca;  
pero no le desmaya ni le abruma,  
y luego viene su iracundia loca,  
a morir en sus brazos hecha espuma;  
por eso, entra el valor en el combate,  
con su haz de sonrisas en la boca.

Sondeó el mal con la luz de su pupila,  
ya no estaba tan cerca ni muy lejos;  
vino al ciclón la calma tan tranquila,  
y del sol a los cárdenos reflejos,  
los vió, cual por las furias perseguidos,  
a galope a los vándalos de ATILIA,  
correr sangrientos, pero no vencidos.

El golpe fue muy rudo,  
para que regresaran al ataque,  
aquellos indomables gladiadores,  
que en la fuga perdieron el escudo,  
y también el alud de sus rencores;  
y al ir dando la espalda como pecho,  
no hay nadie que del pánico los saque,  
ni les dé más valor en su despecho.

Mas, la terrible tempestad blandía,  
con gran furia su látigo radioso;  
y de nuevo el peligro se venía  
tronando, con su paso fragoroso.

BOLIVAR, no temía,  
perder un solo palmo de terreno;  
ya que él solo un ejército valía,  
y también otro ejército su espada.

Con ánimo sereno,  
firme, esperó la acometida recia,  
de aquella tempestad desenfadada;  
si el huracán arrecia,  
se opondrá como dique la bravura

de un corazón, qui nunca no se espanta,  
y por eso al peligro lo desprecia;  
lo busca él mismo en su caverna oscura,  
y al verlo es cuando su alma se agiganta,  
hasta tocar la bóveda del cielo,  
con la alborada de su frente pura.

En tanto BOVES, retirado al MONTE,  
enfermo de rencor y taciturno;  
no subió para ver más horizonte,  
tan sólo como el pájaro nocturno,  
que le gusta vivir entre la sombra,  
de una vetusta torre o de una ruina,  
y se oculta en los ásperos broñales  
como un reptil en su espinada alfombra.

Y allí en su antro, colérico fulmina  
terrible maldición que nunca llega,  
ni puede nunca herir a los mortales;  
aunque es ésta un puñal envenenado,  
el sublime desprecio lo doblega,  
y con el pié lo arroja de su lado.

También gesto fatídico despliega,  
su roja fauce de implacable encono,  
que apenas crispera su mejilla mustia;  
y este reto como hoja de una espada,  
en breve de su labio desparece.  
Es un débil relámpago de angustia,  
que saltando del ánima enlutada,  
como un terrible vengador se ofrece;  
y al fugarse de tan infame trono,  
aviva un rato al odio... y se oscurece.

Allí oculto, frenético blasfema,  
y en impotente rabia se consume,  
lanzando envano el hórrido anatema;  
no mata su mortífero perfume,  
es un fuego mortal pero no quema.

En su colina puesto de atalaya,  
indómito y bravío,  
en su furor que en la locura raya,  
hería con el puño en el vacío;  
también no se desmaya,  
si no cobra más fuerzas en el MONTE,  
que le presta el socorro de su aliento,  
y la caricia azul de su horizonte  
y las extrañas músicas del viento.

Aire reparador solo respira,  
teniendo el corazón de vida henchido;  
y a veces, melancólico suspira.  
por alcanzar un nombre esclarecido:

Es tarde ya, no puede  
dejarse dominar por la *quimera*,  
que le habla de grandezas en su oído;  
y ante esa voz tan mágica no cede,  
el ciego empuje de su sangre ibera.

Aun la tonta aquél fúlgido espejismo,  
que le muestra la *tierra prometida*,  
pero también la boca del abismo  
que le atrae; más quiere en su caída,  
arrastrar a BOLIVAR, y si lo hace,  
con todo el gusto perderá la vida.

Y de nuevo sus ímpetus renace,  
como un gran monstruo de implacable saña;  
si posible lo fuera con que gozo,  
arrancara de enajo la montaña,  
para aplastar con ella aquel coloso.

Al par que su rencor la garra afila,  
para el golpe mortal que dar pretende,  
y de su fiera rota ya rehecho,  
la campaña otra vez de nuevo emprende;  
descubre al enemigo su pupila,  
y cual lobo famélico en acecho,  
cae en sueños sobre él y lo aniquila.

Con un siniestro júbilo se empeña,  
en la persecución del enemigo;  
la hidra revolucionaria ya domeña,  
y quiere darle un bárbaro castigo.

A esta idea su espíritu se ensancha,  
y dispone que todo se prepare,  
para ya ir a caer como avalancha,  
en medio del rebelde campamento;  
y hacer bien puede que hasta el sol se pare,  
para no darle campo al salvamento.

Resuelto ya el hispano,  
a poner en la práctica sus planes,  
da la señal de marcha con la mano;  
como banda de hambrientos gavilanes,  
que siguen a una tímida gaviota;  
maniobrando las alas más aprisa,  
de sus gargantas ronco grito brota,  
aute la presa audaz que se divisa.



Como raudo y furioso torbellino,  
ya la espantosa lucha se encarniza;  
ciego, loco y confuso remolino,  
de cabezas, de lanzas y de fuego;  
y hasta el puñal como ávido de saugre,  
atormentado y ciego  
traspasa el corazón con ansia loca,  
pronto el humo se enrosea en la garganta,  
y el monstruo del cañón abre la boca  
y su lengua flamígera y terrible,  
hiere, devora y sin cesar quebranta,  
hierros, lanzas, jinetes y bridones;  
la trompa apocalíptica y horrible  
le responde a la voz de los cañones.

Y la tierra también llena de espanto,  
se agita bajo el pie del combatiente,  
que firme, sin desmayo y sin quebranto,  
cede el paso a la muerte solamente.  
Los gritos y el estruendo sobre todo,  
domina en ese campo de exterminio;  
donde lucha la gloria con el lodo,  
el siervo por librarse de un tirano,  
y el *ibero león* por el dominio,  
del rico Potosí que se le escapa,  
de la saugrienta mano;  
y con saugre y con lágrimas se empapa,  
palpa a palmo el terreno Americano.

El sanguinario BOVES no perdona,  
al que le impide el paso, y lucha y hace  
prodigios de valor, pero es en vano;  
pues allí está BOLÍVAR en persona,  
con su espada que todo lo deshace,  
allí el bravo CLEMENTE  
la esperanza de BOVES desmorona.

Al ver fallido su impetu furente,  
cada vez más brutal y sanguinario;  
a paso de combate se dirige,  
a la sacra colina del CALVARIO.

BOLÍVAR, vé el peligro y no se aflige,  
al momento despacha más refuerzo,  
bajo la orden y el mando del valiente  
y heroico VILLAPOL, que hace un esfuerzo  
sublime para rechazar la carga,  
que como un huracán desenfrenado,  
sube la cuesta que el rencor alarga.

Al ataque se opone denodado,  
mas el dolor su corazón amarga,  
al mirar que su gente retrocede,  
ante las lanzas del feroz llanero;  
pero el León altivo nunca cede  
un palmo más de tierra; muere o queda  
dueño y señor. El inclito guerrero,  
sintió abrirse a sus pies el precipicio,  
y antes que el suelo de su planta ceda,  
ofrece su existencia en sacrificio;  
y allí cayó, cayó con el acero,  
én la robusta mano,  
que tantas veces señaló la frente,  
siempre ensangrentada del hispano.

De aquella santa cúspide en las faldas,  
dolorosas, sangrientas y sombrías,  
defendiendo su causa con arrojo;  
también cayó el valiente CAMPO ELIAS,  
que altivo siempre en su grandioso enojo,  
le fustigó al cruel Boves las espaldas.

BOLIVAR, contemplando aquel estrago,  
envía pronto auxilio con el hijo  
del bravo VILLAPOL. Lleno de alhago,  
se marcha el vengador. BOLIVAR fijo,  
en su tremenda y rápida maniobra,  
sigue desde su campo la pelea,  
que cada vez se enciende con más saña;  
y su ojo de titán relampaguea,  
como el fuego inmortal de esa montaña.  
Palidece; ya vence el enemigo,  
y vé que pronto va a coronar su obra,  
sin que el dolor su corazón taladre;  
pero nó, dando a BOVES su castigo,  
conquista el hijo el gólgota del padre,

A CARACAS, el bárbaro ROSETTE,  
iba como hambriento cán tras de la caza,  
que en la espesura lóbrega se mete,  
hasta que el galgo sanginario pasa,  
y esquiva su crueldad que nada deja,  
pues donde pone el pie todo lo arrasa.

Y BOLIVAR, que al golpe no se aqueja,  
para ayuda y socorro de esa plaza,  
sin pérdida de tiempo ni demora;  
su corta hueste trunca,

y un escogido número desplaza,  
para que vaya a defenderla; ahora,  
que el peligro le invade más que nunca.  
La sombra aterradora,  
pretendía extender el negro brazo,  
para ahogar los rayos de la aurora;  
y la siniestra daga del zarpazo,  
ansiosa de segar más bellas flores,  
al levantarse entre la noche oscura,  
despedía fosfóricos fulgores;  
y ante su luz tan roja como la ira,  
espantosa y brutal de la locura,  
que la insania del ábrego respira;  
abrióse el insondable precipicio,  
dando un largo y fúnebre bostezo;  
y de sus negras sombras sale JUDAS,  
a vender al MAESTRO con un beso,  
y hacer la redención del sacrificio.  
Mas siempre en medio de las bregas rudas,  
cual protector acérrimo del vicio,  
su hambrienta y negra fauce sólo brota,  
para alhagar con su mentido apoyo,  
y después al ejército patriota,  
devorario; no caen en el hoyo,  
solamente el inválido y el ciego;  
sino el que no contempla donde pisa,  
por llevar siempre altiva la mirada,  
y le va dando cara al sol, muy luego,  
al desviarla el tropiés no divisa,  
y al verlo con la frente ensangrentada,  
tarde el golpe fatídico lo avisa.

Y BOVES, en el MONTE, retirado,  
como un tigre se lame las heridas,  
y desmancha el ijar ensangretado,  
y destume las garras encogidas.  
y de fuerza y paciencia se reviste,  
hasta salir de su doliente estado.  
Metido en su refugio enfermo y triste,  
cuenta el dolor—y su alma de soldado,  
se quebranta, desmaya, languidece,  
al saber que a sus ímpetus resiste,  
con la férrea firmeza de un baluarte;  
un mísero puñado  
de gente puesto allí como por arte  
de negro encantamiento.

Recordando su empuje se extremece,  
con salvaje temblor su pensamiento  
de lobo; se diría que perece,  
no víctima de un hondo desaliento,  
si no más de un desborde de coraje,  
con terribles esfuerzos contenido;  
él que es como un indómito oceano,  
comprende que se estrella su oleaje,  
no ya contra el broquel exclarecido,  
de un enorme peñón, sino de un grano  
de arena solamente.

Allí entonces colérico se crispa,  
con estremecimientos de serpiente,  
que está bajo la planta  
poderosa, de un cíclope sublime,  
que su lengua mortífera quebranta.  
La hoguera ser tragada por la chispa,  
el puñal destrozarlo al que lo esgrime,  
la garra ser mellada por la pluma,  
romperse el barco en un girón de niebla,  
el acero ser siervo del garrote,  
la muralla ser presa de la espuma,  
y la hórrida tiniebla,  
dando del antro un gigantesco bote,  
querer velar la luz del firmamento,  
el puma ser hidrón de la gaviota,  
la tempestad ser víctima del viento,  
el mar ser devorado por la gota.  
Este cuadro fantástico y sombrío,  
todo el valor de su paciencia agota,  
y más tenaz su espíritu bravío,  
tiende el vuelo otra vez; firme y resuelto  
a vencer o a morir. A la carrera,  
y en una inmensa polvareda envuelto,  
dá carga sobre carga, a la esforzada  
y ya heroica legión que con certera  
puntería, diezma la bandada,  
de los bravos e indómitos llaneros,  
que ebrios de sangre y ávidos de gloria  
dan las cargas sin tregua ni descanso;  
era como espantoso mar revuelto;  
que ciego hace luchar olas contra olas;  
allí era león hasta el cordero manso,  
al afrontar las huestes españolas.  
Se repliegan, se encogen, se retiran,  
y vuelven otra vez tomando vuelo

para cargar; frenéticos avanzan,  
y desde lejos sus lanzones tiran  
sembrando de cadáveres el suelo.  
El combate es refido,  
y los patriotas sin cesar responden,  
a las cargas con fuego más nutrido;  
las unas filas rápidas se esconden,  
ante la ronca voz de la metralla;  
ya las otras más rápidas se tienden,  
a detener la audaz caballería;  
y todos se defienden  
con heroico valor y la batalla,  
se recrudece con temaz porfia.  
En tanto el invasor no alcanza nada,  
y llorando y rugiendo de impotencia,  
vuelve a entrar en la lid desordenada,  
varando lanza todos sus arrojos,  
contra la más férrea resistencia,  
que pudo hallar; pero talvez cansado,  
de luchar tan infiel, se retira;  
se aleja como veleros despojos  
que más después devorará la pira,  
ya que siempre la carne del soldado,  
alienta su mísera existencia,  
quedaron extendidos los valientes  
y brazos defensores,  
que quisieron tener INDEPENDENCIA;  
hasta tenerla al fin en los horrores  
de la muerte; deshechos de corrientes  
desbordadas; tormenta que deshoja,  
los mas pomposos árboles que gimien,  
al rudo arrancamiento de cada hoja,  
que entre sus manos débiles oprimen;  
playa, en que sus cadáveres arroja  
el furioso Océano; parecía  
ese triste y sangriento camposanto,  
donde estaban los Cristos que redimen,  
por siempre ciegos a la luz del día,  
pero también sin penas ni quebranto.  
Este cuadro de fúnebres despojos,  
cubrió la noche con su negro manto;  
y allí talvez de sus oscuros ojos,  
cayó una sola gota de su llanto,  
de rubias y lumínicas estrellas.  
La lucha terminó como una orgía  
de valor; los caídos son sus huellas.

BOLIVAR, mientras tanto,  
que a todo trance deshacer quería,  
la tenebrosa red que lo aprisiona,  
sin consentirle respirar siquiera;  
va a alzar su diestra; el rayo no perdona  
que le despierten de su dulce sueño.  
Pronto en desalojar la hueste ibera,  
cual siempre, va a poner todo su empeño;  
y para tal jornada,  
que cubrirá de gloria al que gigante  
consiga hermoso fin; y destrozada  
deje a la ebria y estulta muchedumbre;  
que ansia someter al que anhelante;  
no quiero más odiosa servidumbre.  
Llama y escoge a dos de esos titanes,  
capaces de escalar el firmamento,  
y poner a sus plantas a los dioses;  
allí entonces explícales sus planes,  
y manda que sin tregua de un momento,  
cargen sin compasión al enemigo,  
asentado del ARAGUA' en la ribera,  
dándole otra lección como castigo.  
Puestos al frente de aguerrida hueste,  
rompen la gran jornada a la carrera,  
y antes que la otra a combatir se aprestó,  
hieren a ella, que siempre dando cara,  
vuelve también el golpe que recibe.  
El águila preclara,  
en medio del combate es donde vive,  
si es potente y heroica en la defensa,  
siempre es irresistible en el ataque;  
pero la tropa ibérica no piousa,  
ceder nunca ni dar un solo paso  
atrás, más en la lidia no hay empaque,  
tiene una siempre que salir vencido;  
sea, porque su número es escaso,  
o le falta valor con ser crecido,  
el número de gente que dispone.  
La lidia se va haciendo más sangrienta,  
puesto que fuerte resistencia opono  
el enemigo, pero el golpe es rudo,  
ya que el patriota el número no cuenta,  
y corre a combatir sin más escudo,  
que el escudo indomable de su pecho.  
Allí el negro león del bravo MAZA;  
del indomable y dislocado bando

los ataques, intrépido rechaza;  
allí también el brazo de MONTILLA  
cual firme roca, recibiendo y dando,  
descarga sin piedad golpes certeros;  
y después de combate tan reñido  
y cruel, logran al fin a los llaneros  
dispersar y arrojarlos de la orilla,  
siempre fiel e invadida del ARAQUA,  
que rierte, saliendo de su lecho,  
batió palmas al triunfo conseguido;  
mientras al bando ibero ya desecho,  
sin tregua le persiguen hasta CAGUA.

BOVES, ruge sabiendo tal desastre,  
y así que ve la luz de la mañana,  
dejando a los heridos solamente,  
como el globo que arroja todo el lastre,  
para elevarse más; lleva su gauto,  
y de nuevo a la lucha se encamina,  
para pasarlo todo a sangre y fuego;  
la furia más horrenda le domina,  
y enloquecido, tremebundo y ciego,  
desata el huracán de sus bridones,  
contra el fuerte coloso que altanero  
con más creciente ardor le desafía;  
no perdona eso su alma de llanero.  
Como envuelto en terribles explosiones  
de odio mortal, se lanza el adversario,  
con la angustia de indómita porfía,  
todo lo va a invadir como un torrente;  
pero la horrenda voz de los cañones,  
como la tempestad de los balazos,  
a su encuentro le sale nuevamente,  
y a dar pasos atrás firme le obliga;  
quiere cargar aún pero es envano,  
ya que la ingrata suerte no es su amiga.  
Mas al sufrir tan bárbaros rechazos,  
y que otra vez sus ímpetus se trunca;  
aquel turbión regresa al oceano,  
más rabioso y colérico que nunca.

Como implacable hiena en su guarida,  
clava al suelo las garras por costumbre,  
rebuscando la víctima escondida,  
y aunque la halla en infecta podredumbre,  
le empieza a devorar con ansia horrenda.

Así BOVES, escarba de su mente,  
el cadáver de su odio y su venganza,  
y le vuelve a roer; y a la contienda  
llama con raras voces a su gente,  
y les infunde insólita pujanza.

En proyectos fatídicos medita,  
sin tregua, sin descanso, sin aliento,  
y con más rabia su furor cocicita,  
contra el firme y rebelde campamento,  
y con aniquilarle de antemano,  
de sus fieras derrotas se desquita.  
También sueña iracundo el oceano,  
cuando a su desenfreno ponen raya,  
en arrojar con su potente mano,  
al hambriento turbión contra la playa.

Y es por eso que duerme, calla y queda  
como triste guerrero que desmaya,  
y hace que su iracundia retroceda;  
para después lanzarla con más saña,  
a que lo inunde y lo destruya todo,  
no tan sólo a que cubra la montaña,  
sino a que se alce sobre el mundo un codo;  
para eso tiene en sus entrañas muerte,  
como el río piedras y el pantano lodo.

BOVES también despojará atrevido  
de sus hojas al árbol de la suerte;  
y hará le dé su fruto bendecido,  
como premio a la audacia del más fuerte.

Como rojo relámpago ilumina,  
su lívido semblante,  
una llama siniestra cuando ríe;  
y sabe que su mano lo fulmina  
también el rayo y ávido y pujante,  
con tal sueño su espíritu se engríe.  
Si lo hace la catástrofe es segura,  
es eficaz y rápido el remedio;  
parece que la tétrica locura,  
de las entrañas le ha arrojado el medio.

Elementos de guerra necesita,  
el parque del rebelde está a la mano;  
y una gruesa columna precipita  
a tomarlo; él inunda todo el llano,  
en pos del extenuado ejército.  
La lucha es geográfica, al trueno  
atronando el es



callando al fin su ronca y transitoria  
voz, que no espunta al ánimo sereno,  
hecho a la tempestad de la refriega;  
el voraz fuego al fuego desbarata,  
y el cañón como ciclope que herido  
se vuelca y ruga, sin cesar vomita,  
lenguas de llamas que al corcel doblega,  
y enteras filas de llaneros tumba;  
el humo ciega, la metralla grita,  
y lucha cuerpo a cuerpo, confundido,  
el hispano opresor con el patriota,  
que quiere sacudir su yugo fiero;  
y el fragor más horrísono retumba,  
que el trueno pasajero,  
que aturde y brama sí pero no espanta,  
y más brío al espíritu le aumenta,  
la cruel y ciega rabia no se agota,  
y en breve todos en la lucha cruenta,  
resbalan en un mar de sangre tibia;  
de entre el polvo un herido se levanta,  
y combate hasta el último suspiro,  
un moribundo su dolor alivia,  
clavándole la zarpa de sus dientes,  
al ibero que pisa su garganta;  
y marcha ese huracán en rauda giro,  
cubriendo de cadáveres el suelo,  
pero ante él no se esquivan los valientes;  
y acaso por cegar al odio el humo,  
oculta a todos con su oscuro velo.  
**BOVES** ante el rechazo no flaquea,  
y acomete de nuevo con más brío,  
más no adelanta un paso en la pelca  
espantosa y brutal; que si él es río,  
la gloriosa legión es oceano;  
ciego quiere vencer a todo trance,  
y el triunfo se le escapa de la mano,  
al tenerlo ya próximo a su alcance.

En tanto allá en la cúspide bravía,  
como absoluto rey y soberano  
del firmamento, el águila dormía,  
soñando con la magia de otros cielos,  
que con la gloria de su azul encanto,  
sublima la esperanza de los vuelos,  
que ha de emprendor desde su monte santo;  
que es el señor de la extensión desierta,

en cuyo ardiente sono,  
posa la sien cuando su pena es mucha.  
Pero pronto de súbito despierta,  
y entre el rugido del cañón escucha;  
el ronco grito del clarín hispano,  
y el formidable estruendo de la lucha,  
que en su rojo corcél de espanto lleno,  
va en furiosa carrera hacia el abismo.  
Se para y sacudiendo su plumaje,  
contempla el tenebroso cataclismo,  
que quiere devorar con su oleaje  
rabioso y ciego, nido, cumbre y llano;  
firme, siempre con ánimo sereno,  
al mirar que se acerca la tormenta,  
abrió las alas al fulgor del trueno;  
y allí como un relámpago radioso,  
rasga el crespón del cielo y se presenta,  
magnestuoso y venerable anciano,  
que con un gesto rápido y sublime,  
le indica con la mano,  
la airada lid y le habla así; "Guerrero,  
neaso el más herico y prodigioso,  
que la tierra engendró. La PATRIA gime  
bajo la bota del feroz ibero,  
que escarnece sus lágrimas y penas,  
puesto que como yo vive cautiva,  
y sujeta con grillos y cadenas,  
pero ha de ser rebelde mientras viva.  
A sangre y fuego eterna servidumbre,  
quiere imponer al PUEBLO AMERICANO;  
que nunca ha conservado la costumbre,  
de estar al pié de infame tiranía,  
ni ser presa de estulta muchedumbre,  
ni vivir en el fango más inmundo.  
Pero ya sale el sol del bello día,  
en que echará el esclavo su cadena;  
la hoja limpia y sagrada de tu acero,  
vá a ser la redención del NUEVO MUNDO;  
nuevo Cristo descarga tu madero,  
que aquí será tu gólgota sublime;  
y al defender la causa justa y buena,  
la espada sin ser cruz también redime.  
Ambas a dos levántanse gloriosas,  
como un astro de amor entre las ruinas;  
siempre fieles amigas de las rosas,  
han sido las espinas

El alma retemplada en el combate,  
tiene la tempestad en la cabeza.  
Nada temas, el ímpetu del vicio,  
tendrá que desgarrarse en la firmeza,  
de tu indomable corazón que late,  
bajo el sueño de abrir un precipicio,  
y sepultar en él al más osado,  
de los fieros y odiosos opresores.  
Ofreco ya la vida en sacrificio,  
y serás otro dios crucificado,  
en brazos de la pólvora y el fuego,  
que como un sol derrama sus fulgores,  
y al que ansía robarlo deja ciego.  
Mi espíritu se agranda,  
al comprender que el término ha llegado,  
de la opresión servil; yo soy MIRANDA,  
nunca traidor, tan sólo desgraciado.  
El campo de la lucha está pendiente,  
como un arco de luz sobre el abismo,  
que sostiene tu brazo solamente.  
Serenos, sin quebranto ni desmayo,  
aviva el fuego y déjalos que lleguen;  
mira, ya se aproximan los titanes,  
a hollar la cima donde duerme el rayo,  
y al par que con relámpagos que cieguen,  
haz ver que tu alma es alma de volcanes.  
Coje pronto el flamígero elemento,  
que se desplome todo y todo se hunda,  
y no caiga en poder del que nos hiere,  
con la soga de bárbara coyunda;  
ya la PATRIA en la sala del tormento,  
en gran peligro está: ¡sálvala o muere!  
Vas en pos de conquista gigantea,  
y hacia la redención de la que tu amas;  
anda Cristo y libértalo al que llora,  
que tu calvario es la inflamada tea,  
y tu madero las voraces llamas,  
y tu fosa . . . los brazos de la aurora!  
Deja al martillo que en los aires vibre,  
y traspase tu mano el primer clavo,  
vale morir con gloria siendo libre,  
que vivir tristemente siendo esclavo;  
Déjalo al vil que en tu dolor se expande,  
y lance todo el ábrego en tu agobio,  
vale más una muerte heroica y grande,  
que una vida de lágrimas y oprobio.

La hora llegó, guerrero valeroso,  
acerca al polvorín la llama santa;  
ya que tú eres el águila que subes  
al cielo azul, para tener radioso,  
*eternamente al sol bajo tu planta*".  
y esto diciendo se ocultó en las nubes.

Ve a los llaneros venir en su inclemencia,  
como plaga que todo lo devasta;  
salva a la guarnición; la resistencia  
es inútil y grande su egoísmo,  
porque para morir *él sólo basta*;  
y es uno como el sol el heroísmo.

Ya el enemigo escala,  
la altiva cumbre; entonces al momento  
ordena irse a su tropa y la señala,  
el bravo y libertario campamento,  
donde anda con estrépito la lucha.  
Coje la mecha de fulgores rojos,  
con grandioso valor; su calma es mucha;  
un sólo de sus ojos,  
una furtiva lágrima le brota,  
como un canto de adios a la adorada;  
y aquella ardiente gota,  
al caer en la pólvora sagrada,  
incendia ese volcán; y un horroroso  
estampido, en los ámbitos profundos,  
resuena con pavor; cumbre y coloso,  
y lo que tanto anhela,  
coger el ogresor, hecho pedazos,  
en las espaldas de los aires vuelca.

Fue un horrible diluvio,  
de tierra, fuego, sangre y moribundos,  
de yertos troncos y sangrientos brazos.  
Ni el Etna ni el Vesubio,  
hacen tal explosión aterradora,  
ni vomitan cadáveres abiertos,  
sino fuego que todo lo devora,  
y cae allí bajo su rojo manto.

Los combatientes, trémulos y yertos  
quedan, ante el heroico sacrificio  
del bravo CAPITAN; tan fiero espanto,  
la trompa apocalíptica del Juicio,  
no ha de infundir al abatido MUNDO,  
cuando recorra la extención vacía,  
viejo, triste, doliente y moribundo.

RICAURTE, con su regia valentía,  
defraudó la vaudálica esperanza  
de BOVES, que esperaba la victoria,  
pero nunca tan fúlgida pujanza;  
y al dar ese héroe tan grandioso salto,  
fue a caer en los brazos de la GLORIA.  
BOVES saliendo ya de su sorpresa,  
de venganza, de encono y sangre falto,  
avivando su bárbara fereza,  
se arroja más intrépito al asalto,  
y acomete con furia grande y ciega.  
Pero BOLLIVAR rápido desmonta  
de su egregio corcel; y denodado,  
a luchar hasta el último se apronta.  
Terrible y desastrosa es la refriega,  
de los bravos del uno y otro lado,  
hasta que al fin sintiéndose impotente,  
cede su puesto a la *legión* gloriosa,  
que lo rechazó indómita y valiente.  
Si ellos han sido los leones fieros,  
de SAJUNTO, NUMANCIA y ZARAGOZA;  
los otros son guerreros,  
que muy pronto más épico renombre  
conquistarán, con un valor y arrojo  
tal, que su grande hazaña al mundo asombra.

Y allá, como volcán sombrío y rojo,  
la altiva y santa cúspide aún humea,  
bajo el pie del horrendo cataclismo;  
y a momentos también relampaguea,  
cual si fuera la aurora de un abismo,  
que alza un puñado de astros en la mano.  
Con su fuego de un Etna y un Vesubio,  
no incendió a HERCULANO ni a POMPEYA,  
ni en sus ruinas hundió al feroz hispano;  
pero hizo la EPOPEYA,  
cuyo potente soplo impulsa al grano,  
a triturarse para ser la vida.  
Que arroja las simientes prodigiosas,  
al fondo de su cuna bendecida;  
haciendo que en los campos sean rosas,  
y haciendo en el cerebro ser *idea*;  
que hace al metal, arado en la labranza,  
y también ser acero en la pelea;  
de una chispa, que es sol en el Oriente,  
manda a ser en el alma la esperanza.

Mas a RICAURTE; cual titán BRIAREO,  
no con mil con un brazo solamente,  
le alentó, como a dios de las victorias,  
a quemar hasta el último cartucho;  
de la cumbre inmortal de SAN MATEO,  
salió el sol que alumbró las grandes glorias,  
del campo de JUNIN y de AYACUCHO!....



# Nocturno

(Para Carlos Uribe (hijo))

Es de noche: y estoy solo y estoy triste,  
y se alarga y se alarga mi agonia;  
y más todo cuanto existe,  
ya me aburre, ya me cansa, ya me hastia.

Una hoja, una rama, una estrella, una nube no se mueve;  
y la luna en sus rayos de nostalgia, me arrebató;  
y en el campo que se duerme, bajo el manto de la nieve,  
todo es sueño, todo es blanco, todo es plata.

Y se agolpa, en esta hora, de delirio y sentimiento,  
todo un mundo, de recuerdos y de amargos sinsabores;  
y es mi vida la caberna, del eterno sufrimiento,  
y de todos los olvidos y de todos los dolores.

A la fuga de un suspiro, en que el alma me arrebató,  
allá lejos, allá lejos,  
a la vuelta de una calle, que no es blanca ni es de plata,  
porque la piadosa luna, le ha esquivado sus reflejos;  
se oye el eco vago y ronco, de una triste serenata,  
que le clama y le suplica, que le ruega y que le implora,  
a la ingrata,  
piedad para el poeta, que le canta y que le adora;  
y en el eco quejumbroso, de esa triste serenata,  
todo clama, todo ruega, todo gime, todo llora.

y con dolorosos giros,  
siguo y sigue entre las sombras, suspirando la guitarra;  
y en ese desgarramiento, de sollozos y suspiros,  
hay un algo que lamenta, y hay un algo que desgarrá.

Y la luna se aparece, demacrada y ojerosa,  
envuelta entre los sendales de sus velos;  
se diría que esa Virgen luminosa,  
ya no puede arrastrarse de rodillas por los cielos.

Y que un rato, de cansada se ha dormido,  
en su lecho de brocado y terciopelo;  
y entre sueños ha oído,  
que un poeta le ha cantado,  
en un melodioso idioma que no se habla ni en el cielo;  
y ha soñado,  
que en sus brazos ha dormido,  
y en sus brazos ha llorado . . . .  
Se despierta; todo es sueño, su recuerdo le importuna,  
y al avance por su ruta desolada y yerma;  
va llorando los engaños de la suerte que le hiera.  
y no saben ni adivinan, que la luna,  
está en erma  
y se muere.

Cuanto tarda el día  
cuanto dura,  
esta noche que semeja un crepúsculo en el polo;  
y ahora que el dolor fiero, me dá un caliz de amargura,  
y ahora que la guitarra, también toca su agonía,  
que solo estoy, que solo . . . .





## MELANCOLIA

---

Ya todo se pierde, ya nada se anhela,  
y el fuego de viejos amores, el pecho no abrasa;  
cual queja que muere, cual hoja que cae, cual brisa que vuela,  
la vida es la sombra de un sueño que pasa.

La vida que cansa, la suerte que abruma,  
y después de herirnos, con sueños dorados, encubre la llaga;  
cual astro que ríe, cual ave que canta, cual flor que perfuma,  
el alma es la chispa, de un horno, que pronto se apaga.

La niebla se ensancha, la sombra se espesa,  
y no hay una estrella que alumbre el camino;  
cual novia que espera, cual cielo que se abre, cual boca que besa  
la gloria es la triste limosna que manda el destino.

Y el hombre, llorando amargura,  
se tiende en la fosa, cansado y rendido;  
cual dosis de alivio, cual polvo de sueño, cual sorbo de albura,  
la muerte es la gota de calma que brinda el olvido.



## Lejos, muy lejos

Desde hoy entristecido, la marcha más retardo,  
abandonado y solo me ve el dolor acerbo;  
si tú eres la esperanza, más yo ya no te aguardo,  
si tú eres rubia estrella, yo soy el triste cuervo,  
si tú eres blanca rosa, yo soy el rojo cardo.

Te vi fugar en junta de aquellos tiempos buenos,  
y con tus rojos besos mi vida no iluminas;  
tú ves un sol de amores, yo siempre los ajenos,  
tú vas hollando rosas, yo siempre las espinas,  
tú aspiras los perfumes, yo siempre los venenos.

Hermosa y casta Virgen, amor de los amores,  
que ablandas con tus ojos las rudas asperezas;  
tú vas probando mieles, yo sólo sinsabores,  
tú tienes blancos sueños, yo sólo mis tristezas,  
tú llevas esperanzas, yo sólo mis dolores.

Vencido ya sin lucha, sin gloria ni heroísmo,  
aún con tantas penas mi corazón te nombra;  
tú eres la fé que canta, yo el hoscó pesimismo,  
tú eres la luz del día, yo soy la negra sombra,  
tu eres la altiva cumbre, yo soy el hondo abismo.

Voy siempre tras tus pasos, hecho un tarbión de giros,  
aunque por tí me vengan los más terribles daños;  
tú vives en torneos, yo busco los retiros,  
tú siembras alegrías, yo amargos desengaños,  
tú escuchas madrigales, yo sólo mis suspiros.

Si alguna vez te miro, te esquivas, vida mía,  
haciendo mi tortura más espantosa y larga;  
tú eres la hermosa luna, yo soy la nieve fría,  
tú eres el blando arrullo, yo soy la queja amarga,  
tú eres azul oriente, yo soy melancolía.

Adios! nadie detiene, la mano que me hiere,  
ya nunca nos veremos en esta ruta aciaga;  
tú eres la blanca nube, yo el polvo que se adhiere,  
tú eres el sacro fuego, yo un sirio que se apaga,  
tu eres la casta MUSA, yo un cisne que se muere!....

## CALVARIO

(Para Víctor M. Londoño)

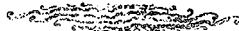
Con paso lento,  
y con sus rostros ensangrentados;  
suben y suben la ruda cuesta del sufrimiento,  
siempre tranquilos, siempre serenos, siempre callados.

En la subida,  
los rudos golpes de sus verdugos, no les arredra;  
y en sus tropiezos, dejan pedazos de alma y de vida,  
en cada zarza, en cada tronco y en cada piedra.

Y con su sangre que se les cae, gota tras gota,  
van empapando la ruda cuesta;  
y de sus yertos y mustios labios, nunca no brota,  
ni una blasfemia, ni una plegaria, ni una protesta.

Aun cuando el alma tienen cansada,  
siguen serenos, ese camino, largo, muy largo;  
y ávidos beben, sorbo tras sorbo, sin decir nada,  
todo lo horrible, todo lo acerbo, todo lo amargo.

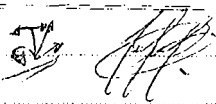
Con paso lento,  
y con sus leños inmensurables y nunca vistos;  
suben callados la ruda cuesta del sufrimiento,  
sólo los genios, sólo los grandes, sólo los Cristos.



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO

| FECHA DE DEVOLUCION |  |  |
|---------------------|--|--|
|                     |  |  |

860-1(866)Valencia 6305-'90  
V152 Valencia, Félix, 1886-1918  
Cantos de vida y muerte

| FECHA    | LLEVADO POR   |
|----------|---|
| 15/05/02 |  |
|          |   |
|          |   |
|          |   |

860-1(866)Valencia 6305-'90  
V152 Valneica, Félix, 1886-1918  
Cantos de vida y muerte